

listas, los comunistas y los anarquistas. Y es que no hay necesidad de recurrir a la autoridad de ningún gran teórico de la ciencia política —de Carl Schmitt, por ejemplo— para saber que lo específico de cualquier opción política no son solo los principios en su enunciación necesariamente abstracta, sino la definición concreta del «Otro». La imagen del «clero» en los sectores de la izquierda burguesa y proletaria mostraba no ya un desprecio absoluto, sino un sentimiento de total separación, de asco profundo, de franca repulsión. Quizás este odio pueda explicarse, siguiendo a Slavoj Žižek, en términos lacanianos, porque el clero católico era percibido por las izquierdas como una amenaza para su «goce» (jouissance) que anima al deseo humano. Pero tal hipótesis daría para todo un libro sobre el tema.

*Izquierda obrera y religión en España* es una obra, en líneas generales, clara, erudita, que aporta, más que nuevos temas e hipótesis, un estado de la cuestión sobre uno de los temas capitales de nuestra historia contemporánea.

Pedro Carlos González Cuevas,  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

FRANCISCO ALÍA MIRANDA: *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Crítica, Barcelona, 2011, 479 págs.

El nuevo libro de Francisco Alía Miranda nace de una inquietud que ha caracterizado a toda su producción bibliográfica: se han publicado cientos de libros sobre la guerra civil española y, sin embargo, sigue habiendo en su historia muchos espacios a oscuras o mal conocidos. ¿Es posible sostener esta afirmación? El lector podría preguntarse si no se trata de otra excusa para justificar la publicación de un libro más sobre la guerra civil. Este posible recelo inicial se desvanece en las primeras páginas. El inagotable estudio de la guerra civil española no solo obedece a un fenómeno editorial o comercial, también es síntoma de la creciente madurez alcanzada por el debate académico e historiográfico. En los últimos años, a la sombra de un fervor por la memoria que parecía confundir los fines de esta con los de la disciplina de la historia, ha surgido una nueva literatura historiográfica que pretende huir de los viejos tópicos, superar los macrorrelatos más mitológicos e ideológicos y convertir la década de los años treinta en un terreno de renovación y verdadero diálogo entre diferentes enfoques y perspectivas. Esta renovación u originalidad no reside siempre en la elección de nuevos temas u objetos de estudio, sino en la aparición de nuevos interrogantes y herramientas metodológicas con las que se analiza al pasado.

La propuesta que Francisco Alía hace en *Julio de 1936* parte de esta premisa, la de abordar un objeto de estudio transitado como es el de la conspiración e insurrección militar contra la Segunda República, que ha merecido la atención de historiadores como Gabriel Cardona, Ángel Viñas, Eduardo González Calle-

ja, Jorge M. Reverte, Julio Busquets, Juan Carlos Losada, José Manuel Martínez Bande, entre muchos otros, y ofrecernos nuevas visiones y resultados. El reto no era fácil de asumir, pero el autor decide hacerlo recurriendo sobre todo a la utilización y análisis de fuentes que están lejos aún de ser agotadas, caso de las diplomáticas, hemerográficas, correspondencia, informes o memorias; y a otras que no terminan de perder su etiqueta de inéditas, caso de las causas judiciales seguidas por los tribunales republicanos o por los franquistas, donde se rescata la voz y la experiencia de los protagonistas, que pone rostro a los acontecimientos del pasado e insiste en reivindicar esa aspiración de construir un relato mucho más humano de la historia. Además, hay otro aspecto en esta obra que la dota de originalidad y denota el minucioso trabajo de investigación que hay detrás de sus páginas: el empeño por incorporar en el estudio a aquellas provincias o territorios a los que apenas se les había prestado atención por considerar que no habían jugado un papel protagonista o crucial en la gestación del golpe militar. El autor rechaza de lleno esta hipótesis y el resultado puede que sea la obtención de una visión de conjunto mucho más amplia y completa.

En las casi quinientas páginas de este libro, Francisco Alía nos ofrece un análisis original de la mayor conspiración e insurrección militar de la historia contemporánea española. Para aproximarnos al fenómeno del insurreccionalismo militar español recurre a explicaciones de largo y corto alcance sobradamente conocidas y discutidas como la tradición intervencionista de los militares en la vida pública, de atribuirse la defensa o encarnación de la voluntad nacional, la pugna entre fascismo y comunismo que atenazó a la política parlamentaria y a la democracia durante el periodo de entreguerras, la asimilación del recurso a las armas y la violencia como modo legítimo de alcanzar el poder o cambiar el régimen político, el ultranacionalismo, la disciplina, el culto al líder y a los mártires de los militares africanistas forjados en el campo de batalla, la politización del Ejército y el creciente malestar por la reforma militar emprendida por Manuel Azaña, su supeditación al poder civil, el fantasma del separatismo, el aumento de la conflictividad social, la amnistía prometida por el Frente Popular a los huelguistas de octubre de 1934 y el temor a la revolución tras la victoria de la coalición de izquierdas. El débil gobierno surgido de las elecciones de febrero de 1936 presentaba al Ejército una nueva oportunidad para alcanzar su ansiado predominio en la política.

Pero lo más novedoso de la obra no reside en las primeras páginas de necesaria contextualización histórica, sino en las que se suceden a partir del capítulo tres, cuando Francisco Alía decide abordar detalladamente la conspiración militar contra la Segunda República. El autor argumenta que, pese a lo dicho hasta ahora, la trama fue estudiada y preparada meticulosamente por los militares, especialmente por el general Mola a partir de abril de 1936. Rechaza igualmente que existiesen diferentes líneas conspirativas entre los generales. La conspiración fue una sola, según Alía Miranda, aunque se fue gestando y evolucionando en diferentes etapas, desde enero de 1936 hasta el 28 de julio, diez

días más tarde del golpe, fecha en la que se sumaron las últimas unidades militares destacadas en las provincias. Lo que explica que la insurrección de julio de 1936 se mostrase con una organización sólida es su planificación particular, conforme a lo que el autor denomina «poderes compensatorios» o la creación de diferentes modelos de conspiración en función de la mayor o menor presencia e importancia de las fuerzas militares conjuradas en cada provincia.

El libro pretende descifrar esta lógica conspiradora del golpe militar, sin subestimar la capacidad táctica y el carácter «meticuloso y estudioso» del general Mola. Para ello, el autor relata muy detalladamente las reuniones, los planes de acción, las ideas e intereses de los militares, las actitudes cambiantes de los generales más destacados del Ejército, como el propio Franco, y los apoyos políticos, sociales y económicos de la conspiración. De este modo, desvela una amplia red de enlaces y colaboradores extendida por todo el territorio español, principalmente oficiales de la UME que ya habían estado implicados en el intento de golpe del general Sanjurjo en agosto de 1932. Conspiradores que consiguen la financiación de banqueros, empresarios y asociaciones patronales y el apoyo político y social de partidos y movimientos como las escuadras falangistas, los requetés carlistas y otras fuerzas políticas, militantes o simpatizantes conservadores y católicos integrados en la CEDA y en Renovación Española. Un apoyo de las fuerzas civiles que resultó fundamental para articular los distintos modelos de conspiración puestos en práctica en cada provincia y dotar de fuerza al golpe militar. En aquellas provincias en las que la presencia de las fuerzas militares conjuradas fue poco importante o inexistente, las fuerzas del orden público o las fuerzas civiles y políticas, especialmente falangistas, carlistas, alfonsinos, patronos agrícolas u otros individuos de filiación conservadora pasaron a asumir el protagonismo de la insurrección, urdiendo planes, asegurando adeptos o empuñando las armas. No hubo territorios o provincias que quedasen al margen de la conspiración. Todos se sentían útiles, todos desempeñaban un papel.

Esta tesis de Alía Miranda de que los planes conspirativos de Mola estaban muy bien meditados, estudiados y trabajados se opone a la idea todavía bastante extendida entre los historiadores especialistas, que insisten en la pobre planificación e improvisación de la insurrección. El autor, además, refuerza su argumento al subrayar que la fecha del golpe estaba decidida antes del asesinato de José Calvo-Sotelo; debía desencadenarse en la segunda quincena de julio por razones climatológicas y por coincidir con el periodo vacacional de la mayoría de los militares no leales a la conspiración. El asesinato del político de la extrema derecha monárquica solo provocó mayores apoyos y adhesiones de los hasta entonces indecisos, como el propio general Franco. Esto no significa, según el autor, que no hubiese errores en la planificación, pero incluso juzga como lógico y sensato el peculiar desarrollo de la insurrección escalonada y continua. Aquí puede que resida uno de los aspectos más polémicos de la tesis del autor. La rebelión simultánea puede que no fuese tan importante en un país con me-

dios de comunicación y transporte relativamente pobres. Además, una acción centralizada, plenamente coordinada y secreta era prácticamente imposible ante la dispersión geográfica de las unidades militares y la necesidad de ayuda civil. En cambio, la posible libertad que pudo otorgar el general Mola a cada plaza para sublevarse cuando considerasen tener mayores posibilidades de éxito, tras la señal emitida por los jefes y oficiales conjurados en Melilla, generó un efecto sorpresa y dominó que consiguió desconcertar a las autoridades. Cada día aparecían nuevos escenarios de rebelión a los que no siempre sabían responder por no haber sido capaces de sofocar los anteriores. Esta interpretación del autor puede resultar convincente; aun así, convendría que hubiese prestado más atención a algunos hechos que demuestran la existencia de cabos sueltos en la planificación del golpe y en los que se han apoyado las tesis de la conspiración improvisada, como los constantes retrasos e incertidumbres de los sublevados, que permitieron a la autoridad republicana abortar o disuadir la rebelión en importantes ciudades.

El golpe fue enérgico, aunque quizás no tan efectivo como a veces se muestra en esta obra, no al menos para conseguir hacerse rápidamente con el poder, anular a la oposición o evitar la confrontación armada. Fue una sublevación de las capitales, con excepciones en algunos municipios, especialmente en aquellos que tenían guarniciones militares. De las cuarenta y una capitales de provincia donde hubo sublevación, en treinta vencieron los militares rebeldes, mientras que en once fracasaron. En otras once no hubo ningún tipo de insurrección o incidente grave. La respuesta al éxito o el fracaso de la sublevación en cada provincia puede que se deba más a la fuerza organizativa de la conspiración y la implicación de los principales mandos militares que al mayor o menor grado de oposición política y social con que se encontró. De ahí la importancia, una vez más en el proceso histórico, de las acciones o decisiones individuales, de la postura de los jefes militares, y la mejor muestra de los cabos sueltos del proceso conspirador, que pronto advirtió las dificultades de hacerse con el control de Cataluña y de la capital, principal objetivo de la sublevación. Eso sí, unos cabos sueltos que no fueron suficientes para que el gobierno republicano lograse contener la insurrección. Como bien demuestra Francisco Alía, la trama urdida por Mola estaba mucho más organizada de lo que presumía el gobierno, mucho más que la sanjurjada de 1932. Si, como argumenta Santos Juliá, el gobierno dejó hacer a los conspiradores para, una vez sofocado el golpe, eliminar del Ejército a todos los implicados y, así, lograr el suficiente apoyo o reconocimiento político para contener la presión de las fuerzas revolucionarias, sin duda, subestimó la organización y preparación de la sublevación.

El desencadenamiento de la guerra civil, en todo caso, es la mejor expresión de las debilidades de unos y otros. La contienda bélica también terminó por definir y aglutinar el ideario político de unos conspiradores que mudó de los principales proyectos de dictadura militar o «república del orden» a otros totalitarios de inspiración fascista. Para concluir, la pertinente insistencia del autor

en subrayar el temor a la revolución como el principal factor que empujó a los militares a la sublevación, merece una nota de reflexión. ¿Es la rebelión militar la respuesta necesaria o única a una situación de movilización intensa? No ha sido así al menos en países vecinos con democracias consolidadas, donde los ejércitos no se sublevarán cada vez que a algunos jefes y oficiales no les gusta lo que pasa en su país. Quizás por ello, más que apuntar a las debilidades del gobierno para contener el orden social, habría que insistir en la iniciativa y capacidad de unos militares que interpretaron inaceptable la situación política y social del país, también perjudicial para su corporación, y que siguieron adelante con su decisión.

El último apunte tiene que ver con el estilo narrativo, con la forma empleada para transmitir su objeto de investigación. El libro está muy bien escrito y estructurado, lo que es decir bastante en un gremio donde todavía abunda un lenguaje que en ocasiones resulta excesivamente pesado y academicista. Quizás en ocasiones el autor muestra una insistente preocupación por demostrar su competencia metodológica y precisión conceptual, algo que ya queda sobradamente constatado desde las primeras páginas introductorias de la obra. En todo caso, las páginas están empapadas de un estilo ligero, directo e imaginativo que descubre pretensiones literarias en el autor y probablemente una preocupación por abrir el conocimiento y el debate historiográfico sobre la guerra civil española a un mayor número de lectores no necesariamente especializados.

Óscar Bascuñán Añover,  
Universidad Complutense de Madrid

ALFONSO BOTTI (Ed.): *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808-1939)*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2011, 462 págs.

Antes de entrar en el tema específico de la recensión nos gustaría recordar que el trabajo objeto de nuestra reflexión es uno de los últimos frutos de un importante grupo de hispanistas italianos que, ya desde hace veinte años, está trabajando en torno a la revista *Spagna Contemporanea*. El gran mérito de *Spagna Contemporanea* ha sido no solo el de conseguir aglutinar con éxito el fragmentado mundo del hispanismo italiano sino, sobre todo, el de instaurar un diálogo constante y fructífero entre la historiografía italiana y la española. Asimismo, tanto sus dos históricos directores, Alfonso Botti y Claudio Venza, como sus colaboradores han sido capaces de transformar esta revista en un punto de referencia de las jóvenes generaciones de investigadores italianos y españoles.

*Clero e guerre spagnole in età contemporanea* se compone de dieciocho trabajos que recogen, y ofrecen al lector de una forma más elaborada, las contribuciones presentadas durante el «VIII Convegno Internazionale di *Spagna*